

1. LUGAR DE AUTOR

Mi yo, el filósofo travesti¹

MARIO BELLATIN

Recibido el 10/11/2015

Aceptado el 29/4/2016

Hace algunos años empezó a frecuentar mi casa alguien que al mismo tiempo que estudiaba filosofía acostumbraba travestirse en las noches.

Haber hallado esa clase de estudioso me pareció lo suficientemente peculiar como para dedicar tardes enteras a escuchar no sólo acerca de sus peripecias nocturnas, sino sobre las maneras en que aplicaba en la vida cotidiana sus conocimientos de Kant o Nietzsche, de quienes era devoto.

Recuerdo que llegaba a mi casa, preparaba algo de té y comenzaba a referirse al mito del Eterno Retorno o a las Categorías Kantianas con una soltura sorprendente.

No era sólo capaz de explicar las partes más abstractas de aquellas estructuras, sino que me ofrecía –mientras iba transformando su cuerpo– ejemplos de cómo esas construcciones filosóficas se presentaban en la vida diaria de manera inadvertida.

El filósofo travesti llevaba consigo un maletín con algunos libros, así como

¹ Texto inédito cedido por el autor para el presente volumen.

las ropas y objetos que iba a necesitar durante sus incursiones nocturnas.

Mientras hablaba iba sacando los aretes, el lápiz labial y las pelucas que se pondría más tarde.

Se quitaba los pantalones y se colocaba una medias negras de rombos.

De esa manera veía, teniendo como fondo una serie de letanías de orden filosófico, cómo aquel tímido estudiante iba transformándose en la agresiva mujer que noche tras noche corría distintos riesgos en sus recorridos por la ciudad.

El filósofo travesti era de una disciplina férrea.

Se acostara a la hora que lo hiciera siempre estaba de pie a las seis para no perder la primera clase del día.

Con los ojos enrojecidos y tratando de ocultar con productos químicos las huellas de la noche anterior buscaba captar hasta la menor idea expresada por sus maestros.

Sólo durante el cambio de hora se tomaba un descanso y salía al patio de la facultad.

El filósofo travesti tomaba asiento en una banca, donde acostumbraba hacer un recuento de las horas nocturnas.

Recordaba a los hombres que habían aceptado sus ofrecimientos.

Casi ninguno de sus recuerdos era agradable.

Me lo dijo más de una vez.

Si lo recogían en auto solían ir hasta la orilla del mar, donde en varias ocasiones lo habían dejado abandonado teniendo que realizar luego un penoso regreso.

A quienes más temía era a los grupos de muchachos que lo invitaban a pasear por los alrededores movidos únicamente por el deseo de descargar sobre su cuerpo una violencia insólita.

Era el momento donde yo buscaba resolver algunas de mis dudas acerca de su sexualidad.

Más bien sobre la necesidad de transformar su cuerpo.

Era curioso cómo la precisión intelectual que era capaz de mostrar cuando asumía algún asunto de orden filosófico daba la impresión de desvanecerse ante mis preguntas.

Para eso no parecía haber una respuesta al nivel de sus disquisiciones de otro orden.

De alguna manera, llegaba a admitir que salir en las noches era uno de los requisitos necesarios para lograr llevar a la plenitud su transformación.

No era verdad que yo únicamente deseara obtener una respuesta del orden de las que me daba con relación a los tratados de Kant o Nietzsche.

Yo estaba involucrado con el filósofo travesti de otra manera, y era por eso que sufría y me atormentaba con lo que me contaba o imaginaba que le sucedía en las calles.

A veces narraba que se iba también con hombres de bajos recursos.

Guardianes de las empresas de los alrededores u obreros que debían llegar de madrugada a sus puestos de trabajo.

Con aquellos sujetos solía adentrarse en terrenos abandonados, que el filósofo travesti conocía con exactitud, o se aventuraba en parques que contaban con altos matorrales. Eso ocurría incluso durante los meses más fríos del invierno.

En una estación del año que el filósofo travesti trataba de ignorar, pues por ningún motivo parecía estar dispuesto al sacrificio de no mostrar sus largas piernas, el cuerpo esbelto, las características en las que tanto empeño había puesto para convertirse en el personaje que deseaba representar.

Al volver a su casa se reanimaba bajo una ducha fría.

Sentir esa agua era el único modo que había hallado para encontrarse en buenas condiciones para su clase del día siguiente.

Yo lo escuchaba en silencio.

Me preguntaba las razones por las que el cuerpo que se ofrecía ante mí debía soportar esa suerte de calvario cotidiano.

Recuerdo que antes de transformarse, el filósofo travesti llegaba a mi cuarto vestido siempre de negro.

Llevaba el cabello hasta los hombros amarrado con una pequeña liga elástica.

Repito, yo lo escuchaba en silencio.

Sólo de vez en cuando hacía alguna pequeña intervención.

Aunque no estaba de acuerdo con jugar un rol semejante, mi actitud era parecida a la de un psicoanalista en plena sesión.

El filósofo travesti hablaba sin parar, teniéndome sólo a mí como espejo de sus palabras.

A veces daba la impresión de confundirme y se dirigía a mi persona como si fuera uno de los hombres que lo frecuentaban.

En momentos así mi angustia aumentaba.

¿Quiénes éramos aquellas dos personas que nos encontrábamos situados uno frente al otro en mi habitación?

Ya no sólo yo dejaba de reconocer al punto concreto de mi interés, sino que ese otro ojo, el del filósofo travesti, dejaba también de saber quién era yo.

Había ocasiones en que se abstraía de tal modo que incluso trataba de conquistarme físicamente utilizando los métodos que aplicaba cuando lograba la transformación total. El filósofo travesti sabía que aquello no iba a surtir efecto.

Que no era lo que se estaba buscando en aquellas reuniones que se llevaban a cabo en mi cuarto.

Pero, por supuesto, en esos instantes no éramos ni él ni yo los presentes allí.

En otras ocasiones lo tomaba una violencia inusitada que, felizmente, casi siempre duraba tan sólo un instante.

Cuando algo semejante ocurría yo dejaba de reconocer, ya casi por completo, el aspecto habitual del filósofo travesti.

En esos momentos sentía un dolor extremo.

En ese tiempo yo ya sabía que lo único que deseaba en la vida era contar con un tiempo y un espacio adecuado para escribir.

Nada más daba la impresión de interesarme.

En aquel entonces estaba casi seguro de que no iba a requerir otra cosa en la vida.

El muchacho vestido de negro no tenía cabida en esa suerte de plan ideado para mis años siguientes.

De manera silenciosa me iba enterando no sólo de aspectos de la vida del filósofo travesti –elementos que me fascinaban y me herían al mismo tiempo–, de sus primeras incursiones en el juego de cambio de la identidad sexual, de su madre, a quien dejó abandonada en un hospital público y, sobre todo, de su temprana pasión por los libros.

Desde niño recorría –vestido muchas veces con ropas de mujer– las casas vecinas buscando algún ejemplar impreso que le sirviera de lectura.

En su familia nadie era aficionado a los libros y lo único que podía hallar en las casas vecinas eran casi siempre historietas o periódicos que daban cuenta de los crímenes de la ciudad.

Extrañamente, en la escuela contó con un maestro que le elaboró un plan de lecturas básicas.

Es difícil para mí crear algo que no sea ficción.

Ahora es el caso.

Pretender narrar los motivos que me llevaron a escribir *Salón de Belleza* – que es lo que de alguna manera intento hacer ahora– no es algo que se encuentre dentro de los límites en los que suelo enmarcar mis textos.